

ESCUADRA
HACIA LA
MUERTE

Drama en dos partes

Este drama fue estrenado por el Teatro Popular Universitario, el 18 de marzo de 1953, en el teatro María Guerrero, de Madrid,

PERSONAJES

SOLDADO ADOLFO LAVIN
SOLDADO PEDRO RECKE
SOLDADO LUIS FOZ
CABO GOBAN
SOLDADO JAVIER GADDA
SOLDADO ANDRÉS JACOB

La acción, en la casa de un guardabosques.
Tercera guerra mundial.

PARTE PRIMERA

CUADRO PRIMERO

Interior de la casa de un guardabosques, visible por un corte vertical. Denso fondo de árboles. Explanada en primer término. Es la única habitación de la casa. Chimenea encendida. En los alrededores de la chimenea, en desorden, los petates de seis soldados. En un rincón, ordenados en su soporte, cinco fusiles y un fusil ametrallador. Cajas de municiones. Una barrica de agua. Un teléfono de campaña. Una batería eléctrica. Un gran montón de leña. Una caja de botiquín, con una cruz roja. Puerta al foro y ventana grande en muro oblicuo a la boca del escenario.

(Es la hora del crepúsculo. Alrededor de la lumbre, LUIS, ADOLFO y PEDRO, sentados en sus colchonetas dobladas, juegan a los dados. JAVIER, tumbado en su colchoneta extendida, dormita. Aparte, el CABO GOBAN limpia cuidadosamente su fusil. Empieza la acción.)

ADOLFO. —*(Echa los dados.)* —Dos ases.

PEDRO. —*(Lo mismo.)* —Uno. Eh, tú, Luis, te toca a ti.

LUIS. —*(Que parece distraído.)* —¿Eh?

PEDRO. —Que te toca a ti.

(LUIS no dice nada. Echa los dados, uno a uno, en el cubilete y juega. No mira la jugada.)

ADOLFO. —Has perdido. Y llevas dos. Tira. (*Luis juega de nuevo.*) Dos damas. Tira. (*Luis echa tres dados en el cubilete y juega.*) Cuatro. Está bien. (*Luis no suelta el cubilete.*) ¿Me das el cubilete?

LUIS. —Ah, sí..., perdona.
(*Se lo da, y Adolfo echa los dados.*)

PEDRO. —¿Qué te pasa? ¿Es que no te encuentras bien?

LUIS. —Es que... debo tener un poco de fiebre. Siento (*Por la frente.*) calor aquí.

PEDRO. —Echate un poco a ver si se te pasa.

LUIS. —No. Prefiero... Si me acuesto es peor... Prefiero no acostarme. Ya se me pasará ¿Quién tira?

ADOLFO. —Yo. (*Tira. Contrariado, vuelve a echar los cinco dados y juega.*) Tres reyes.

PEDRO. (*Juega.*) Dos... (*Vuelve a tirar.*) y cuatro. Apúntate otra.
(*Se lo dice a Adolfo.*)

ADOLFO. —Ya lo sé. (*Bosteza. Juega y ríe.*) Cinco rojos. Me basta.

PEDRO. —(*Juega.*) Menos. (*A Luis.*) Tú. (*Pero Luis no le escucha. Tiene la cabeza inclinada y se aprieta las sienes con los puños. Está sudando.*) Luis, pero ¿qué te ocurre?

LUIS. —(*Gime.*) Me duele mucho la cabeza. (*Levanta la vis-*

ta. Tiene lágrimas en los ojos.) Debió ser ayer, durante la guardia... Cogí frío... El frío no me hace bien... desde pequeño. *(Gime.)* Me duele mucho.

PEDRO. —Espera.

(Se levanta y va al fondo. Abre una caja de botiquín y saca un tubo. Extrae una pastilla. Saca un vaso del bolsillo y coge agua. Echa la pastilla.)

CABO. —*(Sin volverse.)* ¿Qué haces?

PEDRO. —Es una tableta., para LUIS. No se encuentra bien.

CABO. —*(Sin levantar la cabeza.)* ¿Qué le pasa?

PEDRO. —Le duele la cabeza. Está malo.

CABO. —Esa caja no se abre sin mi permiso. No podemos malgastar los medicamentos. ¿Entendido? Pero aunque los tuviéramos de sobra.

PEDRO. —Sí, cabo.

CABO. —*(Sonríe duramente.)* Estoy hablando en general; ¿comprendes? Si a ése le duele tanto la cabeza le das el calmante y no hay más que hablar. Yo también soy compasivo, aunque a veces no lo parezca. Bueno, ya sabéis que esta situación puede prolongarse mucho tiempo y que no estamos autorizados para pedir ayuda a la Intendencia. El mando nos ha dado víveres y medicinas para dos meses. Durante estos dos meses no existimos para nadie. Está anotada la fecha en que empe-

zamos a contar otra vez... En febrero... Mientras tanto, los que saben que estamos aquí piensan en otras cosas. Pero, además..., es que soy el jefe de la escuadra. ¿Sabéis lo que es eso? (*Levanta la cabeza.*) Bien, ¿qué esperas?

(PEDRO *da un taconazo y vuelve con los otros. El CABO continúa en su tarea.*)

PEDRO. —(*Le da el vaso a LUIS.*) Tómate esto.

LUIS. —(*Lo toma.*) Gracias.

(*Se recuesta en la pared y queda en silencio.*)

PEDRO. —(*A ADOLFO.*) ¿Quieres un pitillo?

ADOLFO. —Bueno. (*Encienden. El CABO ha empezado a canturrear una canción.*) Ya está ése cantando.

PEDRO. —Sí. Se ve que le gusta... esa canción.

ADOLFO. —Me crispa los nervios oírle.

PEDRO. —¿Por qué?

ADOLFO. —Eso no se sabe. No le gusta a uno y basta.

(PEDRO *echa un tronco en la chimenea.*)

PEDRO. —Se está bien aquí, ¿eh? Alrededor del fuego. (*Fuma. Atiza el fuego.*) Me recuerda mi pueblo. A estas horas nos reuníamos toda la familia junto a la lumbre.

ADOLFO. —Yo también soy de pueblo. Pero he vivido toda mi vida en la capital.

PEDRO. —Yo salí de la aldea a los dieciocho años y no he vuelto nunca. Tengo veintinueve.

ADOLFO. —¿A qué te dedicabas?

PEDRO. —Trabajaba en una fábrica. ¿Y tú?

ADOLFO. —Negocios. (*Pausa. Fuman. Baja la voz.*) Oye, ¿es que ése no pasa frío?

PEDRO. —(*Pone el dedo en la boca.*) Cállate. Te va a oír y tiene muy malas pulgas.

ADOLFO. —Ya lo sé. ¿Y a mí qué me importa? ¿Por pié no se sienta a la lumbre con nosotros? Es un tipo que no me hace gracia. Nos trata a patadas el muy bestia. (*El CABO sigue canturreando.*) Seguramente se cree que es alguien, y no tiene más que un cochino galón de cabo. —Este es uno de esos «primera» que se creen generales.

PEDRO. —¿Te vas a callar o no?

(*Pausa.*)

ADOLFO. —(*Con un ademán brusco arroja el pitillo.*) Tres días que estamos aquí y ya parece una eternidad.

PEDRO. —Yo pienso que si a los cinco días de conocernos ya empezamos así..., mala cosa.

ADOLFO. —Ya empezamos, ¿a qué?

PEDRO. —A no soportarnos.

ADOLFO. —¡Bah!

PEDRO. —La verdad es que esto de no hacer nada... tan sólo esperar..., no es muy agradable.

ADOLFO. —No; no es muy agradable. Sobre todo sabiendo lo que nos espera... si no hay alguien que lo remedie.

PEDRO. —¿Qué quieres decir?

ADOLFO. —Nada.

PEDRO. —Bueno. Yo creo que lo mejor es no amargarse la vida con lo que nos espera o no nos espera. Porque no se sabe nada de lo que va a pasar...

ADOLFO. —Yo he pensado que es posible que la ofensiva no se produzca.

PEDRO. —Es posible. En cuanto a mí, preferiría lo contrario.

ADOLFO. —¡Ah! ¿Prefieres...?

PEDRO. —Sí. Lo que no me gusta es que no pase nada. Hace tres meses que no pego un tiro y esto no me sienta bien.

ADOLFO. —Ahora va a resultar que eres un patriota.

PEDRO. —No. No soy un patriota. Es que... bueno, es una historia muy larga de contar.

ADOLFO. —¿Por qué te han metido en esta escuadra? Todos sabemos que estamos aquí por algo. Esto es... creo que lo llaman una «escuadra de castigo». Un puesto de peligro y... muy pocas posibilidades de contarlo. Bien, ¿por qué ha sido? No será porque eres un hombre virtuoso, ¿eh?, un angelito.

PEDRO. —No, claro... Es que maltraté a unos prisioneros, según dicen.

ADOLFO. —¿Qué les hiciste? ¿Arrancarles la piel a tiras? O extraerles cuidadosamente los ojos?

PEDRO. —Nada. ¿Qué te importa? Déjame tranquilo.

ADOLFO. —Odias a esa gente, ¿no?, al enemigo... al misterioso enemigo. Almas orientales... Refinados y crueles. ¿Los odias?

PEDRO. —Con toda mi alma.

ADOLFO. —Tendrás... motivos particulares.

PEDRO. —(*Con esfuerzo.*) Sí, muy particulares. Verdaderamente... particulares. (*Se levanta y, nervioso, da unos paseos con las manos en los bolsillos. Va a la ventana y queda mirando hacia afuera.*) Buen frío debe hacer fuera, ¿eh, cabo? Vaya tiempo.

(*El CABO se encoge de hombros. Mete el cerrojo en el fusil y se levanta. Deja el arma en un rincón. Se estira. ADOLFO le observa en silencio. El CABO se acerca adonde duerme JAVIER y le da con el pie.*)

CABO. —Eh, tú. Ya está bien de dormir. (JAVIER *se remueve débilmente.*) ¿Lo oyes? ¡Levántate ya!

(*Le da de nuevo con el pie. JAVIER se incorpora y queda sentado. Saca de un bolsillo unas gafas montadas al aire y se las pone.*)

JAVIER. —¿Qué hay?

CABO. —Que ya está bien de dormir. ¿Te has creído que estás de vacaciones?

JAVIER. —(*Se ha levantado y está en una actitud parecida a «firmes».*) No... no tenía nada que hacer.

CABO. —Estar atento y dispuesto. ¿Te parece poco? Coge el ametrallador. (JAVIER *va por él y lo coge. Vuelve junto al CABO.*) Está sucio. Límpialo.

JAVIER. —A sus órdenes.

(*Se sienta y trata de limpiarlo, desganadamente.*)

CABO. —Y a ése, ¿qué le pasa? ¿Sigue malo? (ADOLFO *se encoge de hombros.*) Tú. Basta ya de cuento.

(LUIS *no abre los ojos. El CABO le da en la cara con el revés de la mano.*)

LUIS. —(*Entreabriendo los ojos, penosamente.*) Me... me sigue doliendo mucho. Como si tuviera algo aquí. (*Por un lado de la cabeza.*) Es... un fuerte dolor.

CABO. —No te preocupes. Se te quitará en la guardia. Es tu hora.

LUIS. —(*Consulta su reloj.*) Mi hora?
(*Trata de levantarse.*)

CABO. —Sí, tu hora. ¿Le extraña al «señorito»? (*Cambia de tono.*) Hay que estar atento al reloj, ya lo sabes. Espero que no vuelva a ocurrir..., ibas a llevarte un disgusto. Ni yo soy un bedel ni tú un gracioso colegial. Estás vistiendo un traje militar, pequeño. Si no te has dado cuenta, vas a pasarlo muy mal conmigo. (*LUIS se ha levantado. Se pone con mucho trabajo el capote y el correaje. Coge el fusil y, al tratar de colgárselo, vacila. El fusil cae al suelo. Con un rugido:*) ¿En qué estás pensando, idiota? El fusil no se puede caer. (*Entre dientes.*) Eso no puede suceder nunca.

PEDRO. —Cabo, me atrevo a decirle que Luis está realmente enfermo. Yo haré su guardia.

CABO. —Cállate tú.

PEDRO. —Es que...

CABO. —¡Silencio! Y no vuelvas a meterte en lo que no te importa. Tú vete ya. Yo no puedo admitir que un soldado se ponga enfermo, como una pálida muchachita. Es la hora del relevo y eso es sagrado. (*LUIS, vacilante, sale. Hay una ráfaga de aire al abrir la puerta. Un silencio. PEDRO está mirando fijamente al cabo. —Este se sienta junto a la lumbré y enciende un pitillo. Observa el trabajo de JA-*

VIER.) Ese cierre no está limpio. (JAVIER *coge la pieza y la mira.*) Puede quedar mejor, ¿no crees? (JAVIER *no responde. Se limita, con encogimiento de hombros, a limpiarla de nuevo.*) Pedro, trae la barrica.

(PEDRO *coge un barrilito y se lo lleva al cabo.* — ADOLFO *se acerca y JAVIER deja el ametrallador para sacar un vaso aplastado del bolsillo. Todos esperan algo. El CABO extrae con un cazo y reparte una pequeña ración del líquido a cada uno. ADOLFO lo saborea. PEDRO lo bebe en dos veces. JAVIER, de un trago.*)

ADOLFO. —(*Cuando ha saboreado la última gota voluptuosamente.*) Cabo, no creo que un poco más de coñac nos hiciera daño. Sólo..., un poco. Con este frío...

CABO. —(*Bebiendo lo suyo, que acaba de echarse.*) Lo poco que bebemos es porque hace frío. Hay que tener cuidado con el alcohol. He visto a magníficos soldados perder el respeto al uniforme... por el alcohol.

PEDRO. —¿Usted... ha sido soldado toda su vida?

CABO. —(*Apura el coñac.*) Sí.

PEDRO. —(*Tratando de conversar con él.*) Cuánto tiempo hace que viste el uniforme, cabo? Es una forma de preguntarle cuántos años tiene.

CABO. —Tengo treinta y nueve... A los diecisiete ingresé en la Legión, pero desde pequeño era ya soldado... Me gustaba...

PEDRO. —(*Ríe.*) ¡Es usted un hombre que no ha llevado corbata nunca, cabo!

(*Una pausa. PEDRO deja de reír. Un silencio.*)

CABO. —Este es mi verdadero traje. Y vuestro «verdadero traje» ya para siempre. El traje con el que vais a morir. (*Ante el gesto de los otros se ríe él. Ellos se miran con inquietud. El gesto del CABO se endurece, y añade:*) Este es el traje de los hombres: un uniforme de soldado. Los hombres hemos vestido siempre así, ásperas camisas y ropas que dan frío en el invierno y calor en el verano... Correajes... El fusil al hombro... Lo demás son ropas afeminadas..., la vergüenza de la especie. (*Mira a JAVIER detenidamente. Este finge que se le han empañado las gafas y las limpia.*) Pero no basta con vestir este traje..., hay que merecerlo... Esto es lo que yo voy a conseguir de vosotros..., que alcancéis el grado de soldados, para que seáis capaces de morir como hombres. Un soldado no es más que un hombre que sabe morir, y vosotros vais a aprenderlo conmigo. Es lo único que os queda, morir como hombres. Y a eso enseñamos en el Ejército.

PEDRO. —Cabo, había oído decir que en el Ejército se enseñaba a luchar... y a vencer, a pesar de todo.

CABO. —Para luchar y vencer, antes es preciso renunciar a esta perra vida. Vosotros no habéis renunciado aún, ¿verdad? Todavía os queda un cochino resquicio de esperanza. No sois soldados. Sois el de-

secho, la basura, ya lo sé..., hombres que sólo quieren vivir y no se someten a una disciplina. ¡Indisciplinados y cobardes! Bien. Vais a tragar la disciplina del cabo Goban, la disciplina de un viejo legionario. Necesito una escuadra de soldados para la muerte. Los tendré. Los haré de vosotros. Los superiores saben lo que han hecho poniendo esta escuadra bajo mi mando. Voy a ir con vosotros hasta el final. Voy a morir con vosotros. Pero vais a llegar a la muerte limpios, en perfecto estado de revista. Y lo último que vais a oír en esta tierra es mi voz de mando. ¿Qué os parece la perspectiva?

ADOLFO. —(*Con voz ronca.*) Cabo.

CABO. —¿Qué?

ADOLFO. —(*Con una sonrisa burlona.*) Ya sé qué clase de tipo es usted. Usted es de los que creen que la guerra es hermosa, ¿a que sí?

CABO. —(*Mira a ADOLFO fijamente.*) Si a ti no te gusta trata de marcharte. A ver qué ocurre. (*JAVIER murmura algo entre dientes.*) ¿Dices algo tú?

JAVIER. —No, es que... me he hecho daño en un dedo al meter el cierre.

CABO. —Parece ser que eres «profesor». Tendrás teorías sobre este asunto y sobre todos, supongo. Explícanos tus delicadas teorías. Es hora de que oigamos algo divertido. Vamos! ¡Habla!

JAVIER. —(*Con nervios.*) Oiga usted, cabo, no tengo interés en hablar de nada, ¿me oye? Estoy aquí y le obedezco. ¿Qué más quiere?

CABO. —(*Le corta.*) Eh, eh, cuidado. Menos humos. No toloero ese tono..., «profesor».

JAVIER. —Perdóneme... Es que... estoy nervioso.

CABO. —En efecto. El «profesor» es un hombre muy nervioso y, además, un perfecto miserable. Me parece que ya es hora de que vayamos conociéndonos.

(En este momento se abre la puerta y aparece ANDRÉS: capote con el cuello subido, guantes y fusil. Se acerca al CABO.)

ANDRÉS. —A sus órdenes, cabo.

CABO. —Siéntate.

ANDRÉS. —Cabo, quería decirle que me ha parecido encontrar a Luis... en malas condiciones para hacer el relevo. Me temo que no se encuentre bien.

CABO. —Deja eso. Ya lo he reconocido yo antes y no tiene nada. Ahí tienes tu coñac. (*ANDRÉS se quita el correaje y el capote. Se sienta y bebe ávidamente su coñac hasta la última gota.*) Has llegado a tiempo de oír una bonita historia. Estamos hablando del «profesor».

JAVIER. —Cállese de una vez. Déjeme en paz.

CABO. —(*Mira fijamente a JAVIER.*) Desde el primer momento comprendí que no me iba a llevar muy bien contigo. No somos de la misma especie. Te odiaba desde antes de conocerte, desde que, hace una semana, me llamaron y tuve tu expediente en mis manos. Es curioso pensar que hace una semana no os conocíais ninguno. Pero yo os conocía ya a todos. Y vosotros ni siquiera podíais suponer mi existencia, ¿verdad? Sin embargo, ahora nada hay para vosotros más real que yo. (*Ríe.*)

ANDRÉS. —¿Que... le dieron nuestros expedientes?

CABO. —Sí, vuestras agradables biografías. (*Hay miradas de inquietud.*) Soldado Javier Gadda. Procedente del Regimiento de Infantería número 15. Operaciones al sur del lago Negro, ¿no es verdad?

JAVIER. —(*Asiente.*) Sí, de allí vengo. Era un infierno de metralla, algo... horrible.

(*Se tapa los oídos.*)

CABO. —No te preocupes. Esto es otro infierno. Soldado Adolfo Lavín, 2^a. Compañía de Anticarro... En el Sur. ¿Te acuerdas?

ADOLFO. —(*Sombrío.*) No lo he olvidado.

CABO. —Andrés Jacob. Un bisoño. Del campo de instrucción de Lemberg a una escuadra de castigo. ¿Eres tú?

ANDRÉS. —Sí, yo.

CABO. —Soldado Pedro Recke. El río Kar... La ofensiva de invierno... Muchos prisioneros, ¿verdad?

PEDRO. —Sí.

CABO. —Tú sí eres soldado, Pedro... y te felicito. Si saliéramos de ésta, me gustaría volver a verte.

PEDRO. —(*Serio.*) Gracias.

CABO. —Si queréis saberlo, yo no estoy aquí para castigarnos. Yo no soy otra cosa que un castigado más. No soy un santo. Si lo fuera, no estaría con vosotros.

(*Alguna risa fría.*)

PEDRO. —(*Audazmente.*) Me dijeron que usted... había llegado a algo más en el Ejército. Quiero decir.., que lo degradaron. Era sargento, ¿no?

CABO. —¿Quién te ha dicho eso? ¿Qué sabes tú de mí? Vamos, dilo.

PEDRO. —Poca cosa.

CABO. —Espero que no me dé vergüenza. Habla.

PEDRO. —Me han dicho que tiene tres cruces negras.

ANDRÉS. —¿Cómo «tres cruces negras»? Qué es eso?

PEDRO. —Está claro. Que se ha cargado a tres. ¿Es cierto, cabo? (El CABO *le mira fijamente.*) Cuando era sargento. Dos muertos en acciones de guerra y uno durante un período de instrucción. ¿Es cierto?

CABO. —(*Después de un silencio.*) Sí. Maté a dos cobardes. A uno porque intentó huir. Esto fue en la guerra pasada. Ya en ésta se repitió la historia... Se negaba a saltar de la trinchera...

(JAVIER *baja la vista.*)

PEDRO. —¿Y el tercero?

CABO. —(*Sombrío.*) Lo del tercero... fue un accidente.

PEDRO. —¿Un accidente?

CABO. —¡Sí!

(*Se levanta. Sombrío, recorre la habitación.*)

PEDRO. —¿Qué clase de accidente?

CABO. —(*Se pasea.*) En instrucción, explicando el cuerpo a cuerpo, haciendo asalto a la bayoneta... Tuvo él la culpa... Era torpe, se puso nervioso..., no sabía ponerse en guardia...

PEDRO. —¿Lo mató? ¿Allí mismo... quedó muerto?

CABO. —No me di cuenta de lo que hacía. El chico tembla-

ba y estaba pálido. Me dio rabia. Lo tiré al suelo de un golpe, y ya no sé lo que me pasó. Tuve un ataque. Lo rematé yo mismo... allí. Lo cosí a bayonetazos. Me había enfurecido. Era torpe..., un muchacho pálido, con pecas... (*Cambia de tono.*), y ahora que lo recuerdo me parece que tenía... (*Tuerce la boca.*) una mirada triste...

(*Ha ido oscureciendo. Oscuro total.*)